
HAARLEM.

El camino de hierro de Leyden á Haarlem corre por una lengua de tierra comprendida entre el mar y el fondo del gran lago que cubria treinta años há toda la campiña que se extiende entre Haarlem, Leyden y Amsterdam. El extranjero que recorre aquel camino con un mapa impreso antes de 1850, mira, busca, confronta, y no encuentra el lago de Haarlem. Esto me sucedió á mí; y pareciéndome la cosa un poco rara, me dirigí á un vecino y le pregunté por el lago que no parecía. Todos los viajeros se rieron, y el interrogado me dió esta extraña respuesta:—Nos lo hemos bebido.

La historia de este maravilloso trabajo seria un argumento digno de un poema.

El gran lago de Haarlem, formado por la reunion de otros cuatro pequeños y aumentado por efecto de las inundaciones, tenia ya á fines del siglo XVII un perímetro de cuarenta y cuatro

mil metros; se llamaba mar, y con efecto, era un mar tempestuoso en el que habian combatido flotas de setenta naves, y naufragado muchas embarcaciones. Gracias á las altas dunas que se extienden por la costa, esta gran masa de agua no habia podido unirse aún al mar del Norte y convertir así en una isla la Holanda septentrional; pero por la parte opuesta, amenazaba los campos, las ciudades y las aldeas, y obligaba á los habitantes á una defensa continua. Ya en 1640 habia publicado un ingeniero holandés, llamado Leeghwater, un libro encaminado á demostrar la posibilidad y la utilidad de la desecacion del peligroso lago; pero en parte, por las dificultades que ofrecia el sistema de desecacion propuesto, y además porque el país estaba entonces ocupado en la guerra contra España, la empresa no encontró apoyo. Los sucesos políticos que siguieron á la paz de 1648 y las desastrosas guerras con Francia y con Inglaterra, hicieron olvidar el proyecto de Leeghwater hasta principios de este siglo. Por fin, hácia 1819, volvió á ponerse la cuestion sobre el tapete, y se hicieron nuevos estudios y nuevas proposiciones; pero se dejó la ejecucion para más adelante, y acaso no estuviera terminada hoy dia si no hubiera sucedido un acontecimiento imprevisto que dió el último impulso á las voluntades. El dia 9 de Noviembre de 1836, las aguas del mar de Haarlem, agitadas por un furioso huracan, rebasaron

los diques y se lanzaron hasta las puertas de Amsterdam; al mes siguiente invadieron á Leyden y toda su campiña. Fué la última provocacion. Holanda recogió el guante, y en 1839 los Estados generales condenaron al temerario mar á desaparecer de la faz del Estado. Se dió principio á los trabajos en 1840, comenzando por rodear el lago de un doble dique y de un ancho canal, destinado á recoger las aguas que despues debian ser conducidas al mar por medio de otros canales. El lago contenia setecientos veinticuatro millones de metros cúbicos de agua, sin contar la llovediza y la filtrada que, durante la desecacion, se averiguó que llegaba á treinta y seis millones de metros cúbicos al año. Los ingenieros habian calculado que tenian que hacer pasar, un mes con otro, del lago al canal de desagüe treinta y seis millones doscientos mil metros cúbicos de agua. Tres enormes máquinas de vapor bastaron para este trabajo. Una fué emplazada junto á Haarlem, otra entre Haarlem y Amsterdam, la tercera junto á Leyden. Esta última se llamó la Leeghwater, en honor del ingeniero que primero habia propuesto la desecacion. Yo la he visto, porque no solo se ha conservado, sino que aún funciona á veces, para absorber y deramar en el canal de desagüe las aguas llovedizas ó filtradas. Las otras dos máquinas son iguales á la primera. Las máquinas están encerradas en gruesas torres redondas y almenadas, cada una de

las cuales tiene un círculo de ventanas arqueadas, de las que salen once grandes brazos que, subiendo y bajando con majestuosa lentitud, ponen en movimiento otras tantas bombas, capaces de levantar de cada vez el enorme peso de sesenta y seis metros cúbicos de agua. Tal aparecen á la vista esos tres descomunales vampiros de hierro que han chupado un mar. La primera que empezó á trabajar fué la Leeghwater, el dia 7 de Junio de 1849. Poco despues, comenzaron las otras dos. Desde aquel momento, el nivel del lago fué bajando un centímetro cada dia. A los treinta y nueve meses de trabajo, estaba ya realizada la gigantesca empresa; las máquinas habian absorbido 924.266.112 metros cúbicos de agua; el mar de Haarlem habia desaparecido. Este trabajo, que costó 7.240.368 florines, dió á Holanda una nueva provincia de 18.500 hectáreas de terreno. Acudieron labradores de todas partes de Holanda. Se comenzó sembrando colza, de la que se consiguió una admirable cosecha, y despues toda clase de productos que dieron magnífico resultado. Y como la poblacion proviene de diferentes provincias, allí se encuentran todos los sistemas de cultivo, unos junto á otros; hay granjas de la Zelanda, del Bravante, de la Frisia, de Groninga, de la Holanda del Norte, y se oyen todos los dialectos de las Provincias Unidas; es una pequeña Holanda dentro de Holanda.

Conforme nos aproximamos á Haarlem son más numerosas las quintas y los jardines, pero la ciudad permanece oculta por los árboles, sobre los cuales se destaca tan solo el altísimo campanario de la catedral, terminado por una gran corona de hierro de la figura de una cúpula moscovita. Entrando en la ciudad, se ven por todas partes canales, molinos de viento, puentes levadizos, barquillas de pescadores, casas que se reflejan en el agua; y apenas se han andado un centenar de pasos, se llega á una ancha plaza que nos hace exclamar con placentera admiracion:—¡Hémos ver- daderamente en Holanda!

En un ángulo de ella está la catedral, edificio alto y desnudo, cubierto de un techo de la forma de un prisma agudísimo que parece cortar el cielo como una segur afilada. Frente á la catedral se eleva el antiguo palacio municipal, coronado de almenas, con un tejado semejante á un buque quilla arriba, un balconcillo que parece una jaula de pájaros colgada sobre la puerta y parte de la fachada oculta por dos casitas de forma rara que no se sabe si parecen teatros, iglesias ó castillos de fuegos artificiales. En los demás lados de la plaza hay casas de todas las caprichosas formas de la arquitectura holandesa, inclinadas á un lado y á otro, de color negro, rojizo ó bermejo, con las fachadas llenas de manchas blancas, que parecen tableros de ajedrez, y una hilera de árboles, planta-

dos casi contra la pared, que ocultan todas las ventanas del primer piso. Junto á la catedral hay un edificio extravagante, un monumento de arquitectura fantástica, medio rojo y medio blanco, todo lleno de escalones, frontispicios, obeliscos, pirámides, bajos relieves, adornos sin nombre, que parecen arrojados allí al acaso y ofrecen en conjunto la imágen de una pagoda india transformada, con aberracion de gusto español, en casa holandesa, por un artista exaltado por la ginebra. Pero la cosa más extraña es una fea estátua de bronce que se ve en medio de la plaza con una inscripcion que dice: *Laurentius Johannis filius Costerus typographia litteris mobilibus e metallo fuis inventor.*—¡Cómo!—dice el extranjero que no está al cabo del asunto,—¡qué novedad es esta? ¿No es Guttenberg el inventor de la imprenta? ¿Qué pretenden aquí? ¿Quién es este Costerus?

Este Costerus tenia por nombre Lorenzo Jauszoon, y fué llamado Coster, porque fué sacristan, que se dice *coster* en lengua holandesa. Cuenta la tradicion que este Coster nacido en Haarlem hácia el fin del siglo XIV, paseando cierto dia por el hermoso bosque que se extiende al Mediodia de la ciudad, arrancó una rama de un árbol, y para entretener á sus hijos talló algunas letras, que le sugirieron la primera idea de la imprenta. En efecto, al llegar á su casa, mojó aquellos groseros tipos en tinta, los marcó en el papel, hizo nuevas

pruebas, perfeccionó las letras, imprimió páginas enteras, y por último, despues de una larga série de estudios, de fatigas, de desengaños, de persecuciones que le movieron los copistas y los iluminadores, llegó á producir su obra maestra que fué el *Speculum humanæ salvationis*, impreso en lengua alemana, á dos columnas, y en letra gótica. Este *Speculum humanæ salvationis*, que se puede ver en el palacio municipal, está impreso parte con tablas de madera grabadas y parte con caracteres móviles y lleva la fecha de 1440; fecha la más remota que se puede asignar á la invencion de los caracteres móviles, en los cuales consiste, en el fondo, la invencion de la imprenta. Ateniéndose á este *Speculum*, no llevaria mal golpe Guttenberg. Pero, ¿y las pruebas? Aquí empieza el busilis para el inventor holandés. Entre los objetos que le pertenecieron y que se conservan en el palacio municipal, no hay caracteres móviles, y falta tambien algun instrumento, documento escrito ú otro testimonio cualquiera que pruebe indudablemente que este *Speculum*, ó á lo ménos la parte estampada en caracteres móviles, haya sido impresa por Coster. ¿Cómo suplen esta falta los partidarios del inventor holandés? Aquí nos sale al paso otra leyenda. La noche de Noche-buena de 1440, mientras Coster, viejo y achacoso, asistia á la *Misa del Gallo*, rogando á Dios que le diese fuerzas para soportar las persecuciones y para

luchar contra la envidia de sus enemigos, un obrero suyo, uno de los que se habian asociado con él bajo juramento de no descubrir el secreto de su invencion, le quitó los instrumentos, los caracteres y los libros; y al notar lo el pobre Coster, apenas volvió á su casa, murió de dolor. Segun la leyenda, este sacrilego ladron fué Fausto de Maguncia ó el hermano mayor de Guttenberg; con lo cual se explicaria no solo cómo la gloria de la invencion pasó de Holanda á Alemania, sino cómo la estatua del pobre Coster tiene derecho á erguirse en la plaza de Haarlem como un espectro vengador. Acerca de esta cuestion, que duró siglos, se ha escrito en Holanda y en Alemania una biblioteca entera. Hasta hace pocos años aún permanecia incierto ante cuál de las dos estatuas habian de quitarse el sombrero los viajeros, si ante la de Maguncia ó la de Haarlem. Alemania rechazaba con supremo desden las pretensiones holandesas; Holanda, aunque con voz cada vez ménos segura, rechazaba obstinadamente las pretensiones germánicas. Ahora parece que el nudo de la cuestion está desatado para siempre. El doctor Van der Linde, holandés, ha publicado un libro titulado *La leyenda de Coster*, despues de leído el cual, al decir de los mismos holandeses, no se dá mayor crédito á Coster, inventor de la imprenta, que á Tubalcain, inventor del uso del hierro y á Prometeo, raptor del fuego. Por consiguiente, la estatua del pobre Coster podrá ser fun-

dida cuando se quiera en un buen cañon y enviárselo á dar consejos á los piratas de Sumatra. Pero á Holanda le pertenecerá siempre en el campo de la tipografía la incontestable gloria de los Elzevirios y el honor envidiable de haber impreso casi todas las obras de los grandes escritores del siglo de Luis XIV, de haber difundido en Europa la filosofía francesa del siglo XVIII, y de haber acogido, defendido y propagado el pensamiento humano, proscrito por el despotismo y rechazado por el miedo.

En el palacio municipal de Haarlem hay un Museo de pintura que podría llamarse el Museo de Franz Hals, pues constituyen su principal ornamento las obras maestras de este gran artista. Nacido, como todos sabemos, en Malinas, á fines del siglo XVI, vivió muchos años en Haarlem, cuando florecia la pintura de paisaje y habitaban allí, entre otros ilustres artistas holandeses, Ruysdaël, Winants, Brouwer y Cornelio Bega. La sala principal del Museo, que es vastísima, está casi toda ocupada por sus grandes cuadros. Al entrar, se siente durante un instante una ilusion singularísima. Parece que se ha entrado en la sala de un banquete, dividido, como suelen estarlo los grandes banquetes, en varias mesas; y que al ruido de nuestros pasos todos los comensales se han vuelto para mirarnos. Son todos grupos de oficiales de arqueros y administradores de hospitales,

de tamaño natural, unos sentados y otros de pié, en torno de mesas espléndidamente dispuestas; todos con la cara vuelta al que mira como si estuvieran delante de un aparato fotográfico. Cualquiera que sea la direccion á que uno se vuelva, no se ve más que carazas llenas de bondad y de salud, y ojos fijos en los suyos, que parecen decir: —¿Me reconocéis?— Y hay tanta verdad de expresion en aquellos semblantes, que parece que se los reconoce á todos, que se sabe quiénes son y que se les ha encontrado algunas veces por las calles de Leyden y de El Haya. Esta verdad de expresion, la jovialidad de la escena, el ámplio y rico trage del siglo XVII, las armas, las mesas, y el no haber por allí otros cuadros que lleven el pensamiento á otras épocas, hacen que á uno le parezca que está viendo la Holanda de doscientos años há, que respira el áura de su gran siglo, y que vive en medio de aquella gente fuerte, discreta y cordial. No se está en la sala de un Museo: se asiste á la representacion de una comedia histórica y nadie se admiraría de ver aparecer de pronto á Mauricio de Orange ó á Federico Enrique. El más magistral de estos cuadros, representa diez y nueve arqueros agrupados en derredor de su coronel, y es una de las obras maestras de la alta escuela holandesa, de grandioso y libre dibujo, caliente y brillante de color, y digno de estar al lado del famoso *Banquete de la guardia cívica*,

de Van der Helst. Entre los demás cuadros de otros artistas, recuerdo uno de Pedro Breugel, el jóven, que es una ilustracion cómica de más de ochenta proverbios flamencos, en el que no puedo pensar sin que me ataque la risa. Pero es un cuadro que no se puede describir por muchas honestas razones.

En una sala del Museo de pintura se conserva la bandera que perteneció á la famosa heroína Kanan Hasselaer, la Juana de Arco de Haarlem, que combatió en 1372 á la cabeza de trescientas amazonas armadas, contra los españoles que sitiaban la ciudad. La defensa de Haarlem, aunque no coronada por la victoria, no fué ménos gloriosa que la de Leyden. La ciudad estaba circuida de murallas viejas y torres ruinosas, y no tenia, aparte de la legion de las mujeres, más que cuatro mil defensores armados. Los españoles, despues de haber cañoneado las murallas por espacio de tres dias, se lanzaron con gran confianza al asalto; pero rechazados por una lluvia de balas, de piedras, de aceite hirviendo y de pez inflamada, tuvieron que resignarse á poner un sitio en regla. La ciudad era socorrida por la gente del campo, hombres, mujeres y niños, que patinando sobre el hielo, á favor de la niebla de Diciembre, introducian provisiones de boca y de guerra. Guillermo de Orange, por su parte, hacia todo cuanto estaba en su mano para obligar á los españoles

á levantar el asedio. Pero la fortuna no le sonreia. Los tres mil soldados holandeses que mandó primero, fueron destrozados, clavados en picas los prisioneros y un oficial colgado de una horca con la cabeza abajo. Otra tentativa de socorro sufrió la misma suerte: los españoles cortaron la cabeza á un oficial prisionero, y la arrojaron á la ciudad con una inscripcion insultante. Los ciudadanos, á su vez, arrojaron al campo enemigo una cesta con once cabezas de prisioneros españoles y un billete que decia:—«Las diez cabezas son para el Duque de Alba, en pago de su tasa de los diezmos, con una cabeza de interés.»—Los combates se sucedian frecuentes y feroces, entre el estallido de las minas y contraminas, debajo de tierra, hasta el 28 de Enero, en cuyo dia llegaron á la ciudad, por el lago de Haarlem, ciento setenta trineos cargados de pan y de pólvora. Entonces, D. Fadrique, jefe de los españoles, comenzando á desesperar, estuvo á punto de levantar el sitio; pero su padre, el Duque de Alba, le ordenó que continuase. Llegó el tiempo del deshielo, se hizo difícil llevar provisiones á la ciudad y los sitiados comenzaron á sufrir la escasez. El 25 de Mayo hicieron una salida en la cual quemaron trescientas tiendas y tomaron siete cañones; pero esta victoria fué vana á consecuencia de una derrota sufrida por la flota del Príncipe de Orange, combatiendo en el lago de Haarlem con la escuadra